

Carlos Prieto

Un ejecutante global

Jorge Eduardo Navarrete

Entre mis venturas se cuenta, en lugar muy destacado, el haber escuchado a Carlos Prieto al violonchelo, en recitales y conciertos, en decenas de ocasiones, en salas y auditorios de más de media docena de países, a partir de los años setenta del siglo pasado. A estas audiciones habría que agregar las incontables veces en que he disfrutado sus grabaciones, con música de compositores provenientes de todos o casi todos los continentes. Como se sabe, un buen número de las obras que ha grabado le están dedicadas o fueron compuestas a su encargo. Ha estudiado las partituras para chelo de todas las épocas y de las más variadas escuelas y ha contribuido a enriquecer el acervo universal de la música para este brillante instrumento. Es claro que aun antes de que con tanta frecuencia se hablara de la globalización, Carlos Prieto era ya un ejecutante global.

Estas líneas se refieren a otro aspecto de la inquietud intelectual de Prieto: su determinación de retrazar —en el sentido de volver a trazar— algunos de los itinerarios que su actividad musical le ha llevado a recorrer, atendiendo a abundantes cuestiones complementarias, que potencian el alcance de la obra mucho más allá del que suele esperarse de una crónica de viaje. Primero, como se sabe, dejó constancia, en una obra publicada en 1993, de estructura similar a la que ahora examino, de sus recorridos por la Unión Soviética y de su visión del tránsito de ésta a su estado sucesor, la Federación Rusa. Más adelante, hacia finales del mismo decenio, decidió cambiar al protagonista del relato: del ejecutante virtuoso al instrumento excepcional que utiliza, regalándonos con *Las aventuras de un violonchelo*, libro calificado de “delicioso” por Álvaro Mutis, que contiene “la truculenta

Por la milenaria China

Historias, vivencias y comentarios



Carlos Prieto

Prefacio de Yo-Yo Ma



novela de su *Piatti*”, también en palabras del prologuista. Regresa ahora a la memoria y constancia de recorridos y vivencias, esta vez “por la milenaria China”, como subraya en el título de su obra.

Durante mis años en Pekín —de la primavera truncada de 1989 a los inicios de 1993— no ocurrieron presentaciones de Carlos Prieto. Sin embargo, me distinguió al poner en mis manos el manuscrito del libro, pidiéndome comentarios u observaciones. Anoté algunos en los márgenes y reverso de las fojas. Es usual que los autores exoneren a los revisores del manuscrito de posibles imprecisiones. En este caso, me corresponde asumir la responsabilidad por algún error que se haya introducido al texto como resultado de mis acotaciones. Si tal cosa ocurrió, Carlos Prieto no tiene culpa alguna.

Suele decirse, de algunos libros, que admiten lecturas diversas. Desde luego, tal es

el caso de éste. Quisiera subrayar, por otra parte, que también admite lectores diversos. Encontrarán en sus páginas asuntos de interés quienes deseen conocer la visión particular de un artista de renombre, de un autor de vasta cultura e intereses muy diversificados, sobre el pueblo chino, su devenir histórico y su morada geográfica: tres inmensidades con más inaccesibilidades que facilidades, cuya comprensión cabal no se ha alcanzado aún, al menos en Occidente. La “síntesis histórica”, presentada al principio del volumen, debe leerse en estrecha correlación con el capítulo IX, “Comentarios, datos y reflexiones”, que tras un encabezamiento enumerativo desvela la esencia de las lecciones aprendidas por el autor en sus travesías por el país y desprendidas de sus cuidadosas y abundantes lecturas sobre China, respecto de cuestiones centrales para el futuro de esa gran nación, como las relaciones de género y el cuidado y restauración del ambiente, entre varias otras.

“Indicativos del avance femenino en la sociedad china —nos dice, por ejemplo, en el noveno capítulo (pp. 261-262)— son los progresos en la educación, las artes y las ciencias, así como los espectaculares resultados de las atletas chinas en las competencias deportivas internacionales”. Y predice: “Nada extraño sería que las atletas chinas se convirtieran en las campeonas en la mayoría de las competencias de los Juegos Olímpicos de Pekín de 2008”. Fueron chinos, en efecto, quienes se adjudicaron el mayor número de medallas de oro, cincuenta y una, frente a treinta y seis de competidores estadounidenses y veintitrés de rusos. En cuanto al género, el COI informa que las medallas de oro conseguidas por atletas chinas fue igual al de las obtenidas por las competidoras rusas, empatadas a la

cabeza de la lista respectiva, con cinco galardones por grupo. La predicción deportiva resultó parcialmente acertada. La artística, por su parte, fue corroborada nada menos que por Daniel Barenboim, a quien hace poco escuché decir —en una entrevista televisada— que, en diez años, las orquestas sinfónicas de Estados Unidos y de algunos países europeos estarán mayoritariamente integradas por atrilistas orientales, chinos o de ancestros chinos, y mujeres de manera predominante.

Un segundo segmento de lectores que encontrarán de relevante interés el libro que comentamos es el integrado por los aficionados a la música, sus técnicas, sus sopores y sus variedades. El cúmulo de información y análisis penetrantes que Prieto entrega en esta obra respecto de la música de y en China, de los compositores, directores y ejecutantes destacados de esta nación, de los instrumentos propios y de su dominio de los instrumentos occidentales y de la riqueza y diversidad de las composiciones de este origen, muy difícilmente puede encontrarse reunida en un solo volumen y presentada con tan formidables rigor y sencillez, con tal accesibilidad. Los tres capítulos dedicados a estos asuntos constituyen una lectura fascinante y, para mí, explicaron cuestiones que no había comprendido —respecto del sistema musical chino y de los instrumentos de este origen— en mis no escasas audiciones de música tradicional china, incluyendo desde luego la Ópera de Pekín, durante mi estancia en ese país. La creí perteneciente a otro planeta armónico y auditivo hasta que, con el texto de Prieto, encontré su contexto en la música universal.

Con objetividad y sobriedad, pero no con frialdad ni distancia, Prieto examina los avatares de compositores, directores y ejecutantes durante la Revolución Cultural, concluida formalmente unos pocos años antes de su primera visita a Pekín. Lo más sorprendente, sin embargo, es que también los instrumentos estuvieron en la mira de los censores revolucionarios: el piano fue salvado por intervención directa de Mao Zedong, aunque la tuba fue una baja colateral de la ignorancia musical de la esposa del Gran Timonel. Al respecto, Prieto cuenta lo siguiente:

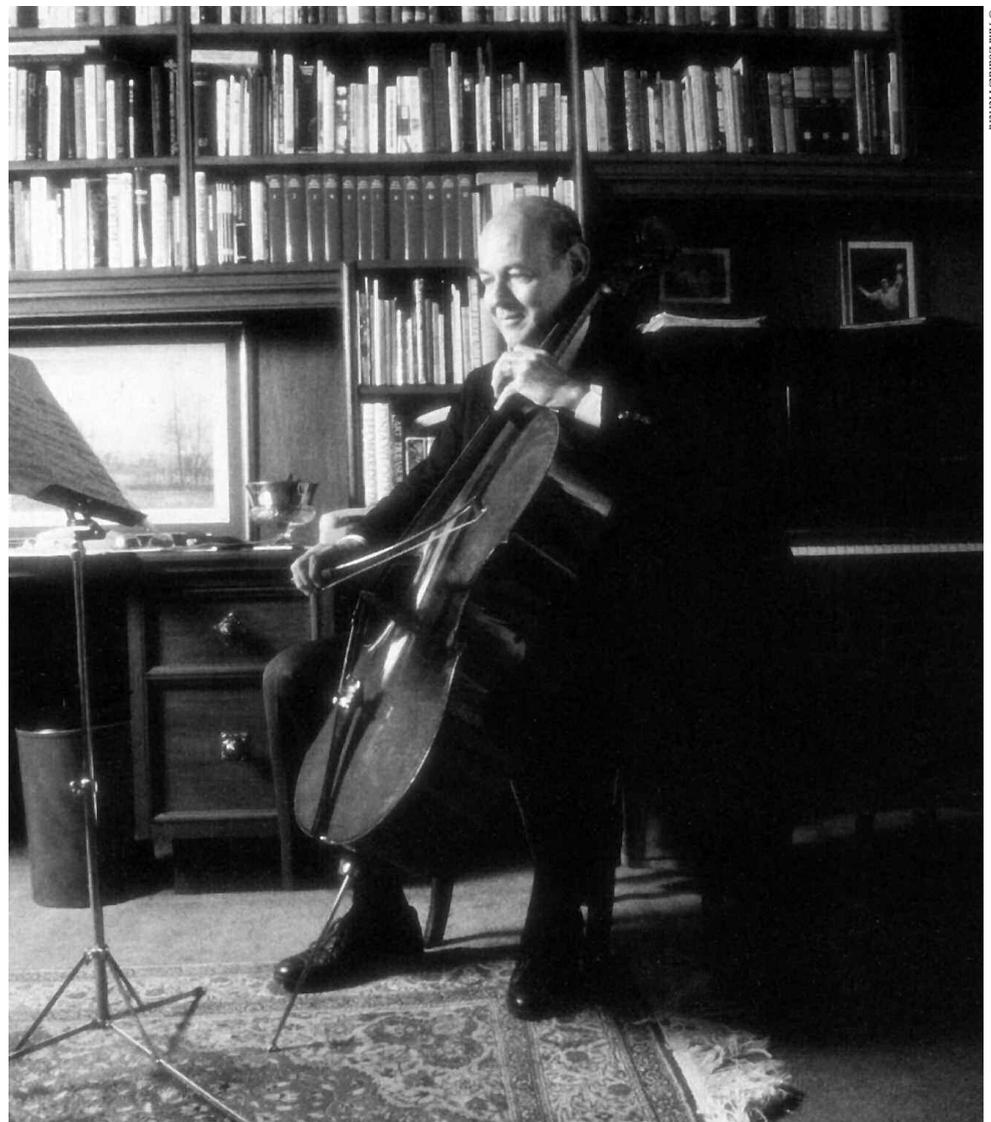
La tuba fue una víctima accidental de los ataques de Jiang Qing. Un día dijo a Li Delun, director de la Orquesta Central de Shanghai, que no le gustaban los trombones. Li Delun se alarmó, pues no concebía prescindir de tales instrumentos y el comentario de Jiang Qing equivalía a una orden. Se le ocurrió contestarle que el sonido que tanto le molestaba era el de la tuba. Su respuesta salvó a los trombones, ya que, sin mayores averiguaciones, Jian Qing dispuso que las tubas fueran eliminadas de las orquestas chinas y reaparecieron sólo al llegar a su fin la Revolución Cultural.

En los capítulos relativos a las diversas giras de Carlos Prieto en China y en otros lugares de la gran área de la cultura china, como Formosa y Singapur, se disfruta de la frescura de los recuerdos y de la agudeza y humor de las observaciones. Escritos en presente histórico, estos relatos transmiten de manera muy directa las vivencias del

autor, que a veces reflejan también las de algunos de sus acompañantes, en especial la del más constante de ellos, María Isabel Prieto, su esposa. Aunque desde luego los temas musicales, referidos a obras, orquestas, directores y solistas son los dominantes, no son escasas ni marginales las observaciones sobre cuestiones de otro orden: históricas, literarias, paisajísticas y gastronómicas. Ambos se revelan, en estos pasajes, como viajeros incansables, ávidos de nuevas experiencias, abiertos siempre a conocer, aprender y comprender.

Detengo aquí mis apreciaciones sobre *Por la milenaria China* de Carlos Prieto. Son insuficientes e incompletas de manera deliberada, pues, como suele decirse, prefiero no contar el final. **U**

Carlos Prieto, *Por la milenaria China: Historias, vivencias y comentarios*, Fondo de Cultura Económica, México, 2009, 424 pp.



Carlos Prieto